

MI SINIESTRA ABUELA

Como cada martes, ella me esperaba junto a la entrada del colegio. Mamá decía que siempre había sido así, que en el fondo me quería. Y aunque yo protestaba y protestaba, a las cinco de la tarde, como un reloj, ahí estaba. Nunca fallaba.

Aquel día nos dirigíamos a su casa de prisa, pues llovía a cántaros. Mientras merendaba, ella dormitaba en su mecedora con la televisión encendida. Su cabeza se iba inclinando hacia su hombro y, bruscamente, volvía a su posición inicial. Pero cuando yo intentaba cambiar de canal, me miraba con sus fríos ojos y me decía:

- Pon ahora mismo el programa que estaba viendo, mocoso.

Sin embargo, ese día me sorprendió:

- Bruno, termina tu bocadillo y luego haces tus deberes. He de salir a un recado, pero volveré enseguida.

Al principio me daba miedo quedarme solo en el viejo caserón. Pero me moría de ganas de conocer el desván, algo que me tenía totalmente prohibido.

Me asomé a la ventana y la vi marchar. Seguía lloviendo ahí fuera, así que tenía que pasar a la acción.

Subí el último tramo de escaleras y empujé la trampilla. Todo estaba oscuro y, para colmo, se había ido la luz. Avancé por la penumbra y, cuando mis ojos se acostumbraron, observé detenidamente lo que había a mí alrededor: una máquina de coser cubierta de polvo, una vieja cuna de madera, muñecas de porcelana de expresión triste, decenas de baúles y cajas... No disponía de tiempo para verlo todo, pues ella podía volver en cualquier momento.

Al fondo divisé un viejo arcón. Debía ser muy antiguo. Con mucho esfuerzo levanté su pesada tapa. Una tela color púrpura escondía lo que había en su interior. La levanté despacio: había un enorme crucifijo. Sin duda el más aterrador que había visto en mi corta vida. Bajo sus ojos se apreciaban unas pequeñas lágrimas, sus labios contraídos en un gesto de dolor inimaginable. Pero lo más espeluznante, era el pelo postizo que rodeaba su cabeza. Escuché un ruido: alguien o algo estaba arañando el fondo del baúl. Intenté retirar el crucifijo y el ratón escapó, dándome un susto de muerte...

Un trueno me asustó y entonces la vi: estaba totalmente empapada y se le había deshecho el moño.

- Eres un niño consentido que siempre hace lo que le da la gana. Sal de aquí ya.

Esa noche tuve pesadillas: la abuela quería matarme.

Días más tarde, cuál fue mi sorpresa cuando, al entrar en mi dormitorio de mi casa, vi el crucifijo colgado sobre la cabecera de mi cama.

- ¿Has visto, hijo? La abuela lo ha traído esta mañana. Ella misma me ha indicado dónde tenía que colocarlo. Un bonito detalle ¿no crees?...

Desperté empapado en sudor. Por fin era de día.

Y AMANECIÓ UN TRISTE DÍA

Aquella noche la luna llena iluminaba el camino que, aceleradamente, recorría mi hermano en dirección al puerto. Yo le seguía muerto de frío, pues apenas había tenido tiempo de abrigarme, intentando frenar las calientes lágrimas que resbalaban por mi cara.

Horas antes, mamá y Pablo habían vuelto a discutir. La abuela decía que Pablo estaba muy unido a papá y que nunca superaría su pérdida. Sin embargo, apenas me acordaba de él, pues había muerto siendo yo muy pequeño. Las fotografías repartidas por mi casa reflejaban el cariño que nuestro progenitor sentía hacia nosotros y evidenciaban lo maravilloso que podría haber sido tenerle más tiempo, lo solos que nos había dejado.

Pablo comenzó a beber poco después. Llegaba muy tarde a casa y mamá pasaba horas y horas esperando su regreso, mirando por la ventana y marcando su teléfono una y otra vez....

Pero aquella noche, harta y desesperada, se enfrentó a él, comenzó a gritarle y declaró lo poco orgulloso que se sentiría papá con su comportamiento.

Nunca había visto llorar a Pablo hasta ese día. Entró en su habitación y comenzó a guardar desordenadamente su ropa en una maleta. Yo empujé despacio la puerta: ya no lloraba cuando me agarró por los hombros y me dijo:

- Bruno, cuida de mamá hasta que yo regrese.

Le vi salir de casa y no lo dudé. Me calcé rápidamente y salí tras él en pijama, con cuidado para que no descubriera mi presencia.

Llegó al embarcadero y, tras hablar unos minutos con un marinero, subió a un barco que, momentos después, abandonó el puerto.

La pérdida de papá y Pablo sumirían a mamá en una profunda depresión.

Regresé a casa cuando amanecía. Me correspondería a mí la ardua tarea de devolver la alegría a mi amada madre.

AZUL COMO SUS OJOS

En la ladera de una montaña, rodeado de verdes prados, se encontraba mi colegio. Si subías a la azotea, podías divisar el faro y, más a lo lejos, el mar. Allí me refugiaba durante los recreos, observando los lejanos barcos, imaginando que mi hermano Pablo iba en uno de ellos.

Mis compañeros me consideraban un bicho raro pero yo disfrutaba allí de esa obligada soledad.

Recuerdo que aquel día llovía. Estaba tan absorto en mis pensamientos, que no me dí cuenta de que las clases ya habían comenzado, hasta que escuché sus palabras:

- No me gusta la lluvia ni los días grises. ¡Son tan tristes!

Me giré bruscamente.

- Perdona, Bruno. No quería asustarte. ¿Te encuentras bien?

Asentí y la miré a los ojos. Ese día estaba guapísima. La expresión de mi cara la hizo sonreír.

- Bajemos a mi despacho. Ya ha comenzado la clase de música y ya conoces a Don Gregorio. No soporta que interrumpen sus clases.

Me senté frente a ella. Nos separaba una gran mesa cubierta de objetos perfectamente colocados: un ordenador portátil, varios exámenes sin corregir, una exótica rosa de Jericó flotando sobre un cuenco de cristal lleno de agua y, lo que más llamó mi atención, un hermoso objeto azul con forma esférica. En su interior, estaban atrapados un mosquito, una pequeña libélula y una diminuta flor.

Debieron pasar varios minutos y yo seguía mirándolo fascinado.

- Es precioso ¿verdad? Ha pertenecido a mi familia durante muchos años. Parece ser que un antepasado mío lo encontró flotando en el mar, comentó mi profesora.

Volví a observarlo. Entonces, como en un sueño, vi a un hombre de unos cincuenta años, con la piel bronceada y expresión triste, sentado en la orilla del mar. De repente descubrió un objeto brillante. Se levantó. Sus ojos me miraron. Eran tan azules como el ámbar que sostenía entre sus manos....

- Veo que a ti también te ha embrujado - me dijo el marinero, y la imagen desapareció.

- Tenemos que irnos o volverás a saltarte otra clase, me indicó la profesora. Y se dirigió hacia la puerta.

Pero yo no podía salir de allí. Ese objeto me atraía como un imán. No sé cómo lo hice pero, al salir del despacho, el ámbar estaba cómodamente colocado en mi bolsillo.

SENTIMIENTOS CONTRADICTORIOS

Recuerdo aquel día y lo recordaré siempre.

Hacia una bonita tarde soleada y decidí salir a dar un paseo. Vagaba sin rumbo fijo, perdido en mis pensamientos y, cuando quise darme cuenta, me hallaba frente a la enorme reja del caserón de mi abuela. El jardín de la entrada estaba sembrado de hojas de otoñales colores. Me pareció oír música, así que empujé despacio el portón y avancé hacia la casa. Había varios coches aparcados junto a la entrada, algo completamente inusual. No pude resistir la curiosidad y me asomé a uno de los ventanales del salón. Había muchas personas allí congregadas, gente elegante y al mismo tiempo un poco estafalaria, como de otra época. Agrupados en corrillos, charlaban animadamente. Y entonces, entre todos esos adultos, la vi: debía tener aproximadamente mi edad y era, sencillamente, preciosa. No sé cuánto tiempo pasó mientras yo la observaba embelesado, analizando detenidamente cada gesto, imaginando su nombre...

Una ronca voz me devolvió a la realidad:

- Vaya, vaya. Mi nieto ha decidido, por fin, visitar a su abuela.

Estaba muy cambiada y parecía más joven. Llevaba un largo vestido morado, su cabello suelto y lucía un curioso colgante color esmeralda pegado a su cuello.

- Hola, abuela. No tenía ni idea de que se celebraban fiestas en esta casa. Por cierto, estás muy elegante.

La abuela sonrió. Yo dudaba si mi comentario surtiría efecto.

- Esta fiesta es para adultos. Pero no le vendría mal a Helena un poco de compañía. Pasa y te la presentaré.

Conectamos desde el primer momento. Me fijé en su colgante, muy similar al de la abuela, pero de distinto color.

Helena y yo salimos al jardín a dar un paseo. Al regresar a la casa algo llamó mi atención: la abuela estaba hablando con un hombre cerca de la reja. La distancia me impedía distinguir su rostro. De repente, ambos me miraron y comenzaron a avanzar en mi dirección, despacio, pues él cojeaba.

Habían pasado cuatro largos años. Estaba muy cambiado, pero me seguía sonriendo de la misma forma que años atrás, cuando me traía alguna sorpresa.

- Hola Bruno. ¡Cuánto has crecido!

Corrí a abrazarle. No pude evitar las lágrimas, a pesar de la presencia de Helena.

Y me acordé de lo mucho que había llorado mi madre, de lo tristes y solos que nos había dejado. De las horas que pasaba junto al mar anhelando su regreso.

Me separé de mi hermano y, corriendo, atravesé la salida en dirección a mi casa, ignorando sus insistentes llamadas.

UNA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Corría por un estrecho pasillo. Todo estaba oscuro. Yo aterrado. Alguien o algo me perseguía. Podía sentirle cerca, peligrosamente cerca.

Palpé varias veces la pared de piedra húmeda, en busca de una vía de escape. Pero no hallé nada, absolutamente nada.

Mis piernas no soportaban más. Mi corazón latía a un ritmo frenético. Y hacía calor, demasiado calor.

De pronto tropecé. Algo se clavó en mi pierna produciéndome dolor. Era un objeto guardado en mi bolsillo: el ámbar. Lo saqué y observé que emitía un débil resplandor, una suave y fría luz.

Y entonces lo entendí todo. "Eso" venía por mí, quería el ámbar y haría cualquier cosa por conseguirlo.

Estaba a punto de alcanzarme. Percibía su fétido aliento.

Me volví a caer y se abalanzó sobre mí. Me miró con sus ojos rojos, casi incandescentes.

- Vamos muchacho, dámelo. No te pertenece y no dejaré de perseguirte hasta que me lo entregues.

Tenía mucha fuerza y yo no podía moverme, ni podía gritar. Giré la cabeza y vi que estaba cerca el final del túnel y que éste comenzaba a iluminarse. Abrí los ojos empapado en sudor. Afortunadamente estaba amaneciendo.

AL INFIERNO, PERO CON MARTA

- Es mucho más completo el sexo con amor ¿no crees, Bruno? Hay mucho placer, y además cariño, generosidad, entrega...

Al escuchar a mi mujer, comencé a recordar aquel lejano día en el que, a mis quince años, experimenté mi primer calentón.

Llevaba varias copas e iba bastante fumado, cuando decidí explorar la discoteca del pueblo.

Tras traspasar la cortina de terciopelo negro y, una vez acostumbrados mis ojos a la penumbra, descubrí que el antro estaba totalmente decorado en color rojo: la moqueta del suelo, los sillones del fondo, las paredes....

- Así debe ser el infierno – pensé. Y esa idea me hizo sonreír.

Marta estaba sentada fumándose un cigarro y tomándose una copa. Llevaba un sugerente vestido negro y el pelo recogido en un moño. Cuando se percató de mi presencia, me hizo un gesto con la mano, para que me acercara.

- Hola, Bruno. Es la primera vez que te veo por aquí. Pídete una copa.

Después de la segunda ronda se acercó a mí, y me besó. Al principio tímidamente y luego con mayor intensidad. Comencé a acariciarla, primero por encima de la ropa y, como estaba muy excitada, me atreví a levantarle el vestido. Sus manos empezaron a participar más activamente, desabrochando los botones de mi pantalón.

A esas alturas, ya me daba lo mismo que alguien pudiera estar cerca y nos observara. Pero mi cuerpo pedía más, por lo que la propuse ir a un sitio apartado.

Al principio Marta dudó pero, cuando la prometí que la llevaría pronto a su casa, asió mi mano y nos dirigimos a mi coche.

El calor de nuestros cuerpos empañó rápidamente los cristales. Nos quitamos la ropa el uno al otro, besándonos ansiosamente, casi con desesperación y, a pesar de la incomodidad del vehículo, no he vuelto a tener una experiencia tan lujuriosa en toda mi vida.

Volví a la realidad para mirar a mi mujer y comprobar que, como en muchas ocasiones, no esperaba respuesta alguna sino que, más bien, expresaba sus pensamientos en voz alta.

¡Para qué llevarle la contraria!

LA VIDA TE DA SORPRESAS

Mi peculiar abuela, nunca dejó de sorprenderme. Aunque nunca faltaba a la convocatoria semanal, no parecía alegrarse por ello. Es más, estoy convencido de que, para ambos, era una desagradable obligación.

Aquel martes, día de mi décimo cumpleaños, cuando disponía a sentarme en la enorme mesa de su cocina, un objeto allí colocado llamó mi atención.

- He meditado mucho si debía o no entregártelas. Han pertenecido a mi familia durante generaciones. Tu padre tenía tu edad cuando se las regaló. Cuidalas mucho, pues son muy especiales – me dijo.

Era una caja de madera muy oscura, como de ébano. Sobre su tapa, aparecía dibujado un sol de nácar. Impaciente y aturdido por la sorpresa, levanté despacio la cubierta para descubrir en su interior veinte canicas de cristal perfectamente alineadas en cinco filas de a cuatro. Cada una de ellas era de distinto color, diferentes tonalidades de naranjas, azules, amarillos, verdes y morados.

- Espero no arrepentirme – murmuró.

Y depositó el bocadillo de nocilla sobre la mesa, sin darme tiempo a agradecerse de ningún modo.

Al día siguiente de recibir tan especial obsequio, decidí acercarme al parque para estrenarlo. Al sacar las canicas de su estuche, pude observar que cada una de ellas brillaba con luz propia. Después de construir el “gua” me puse a probar puntería. Estaba tan absorto en el juego, que no me percaté de la presencia de Tony, el matón de sexto curso.

- ¡Pero a quién tenemos aquí!, dijo. ¿Habéis visto qué canicas tan punteras tiene Bruno?

Sus amigos le rieron la gracia.

- Juguemos una partida.

- No pienso competir contigo – sentenció.

Al darme la vuelta, aprovechó para pegarme un empujón. La caja cayó al suelo, desparramando su contenido. Me levanté lleno de ira para lanzarle un puñetazo, que sabiamente esquivó. Tony me lanzó un derechazo que me hizo volver a caer. Los tres amigos comenzaron a reír, mientras yo intentaba recuperar la respiración. Estiré mi brazo para alcanzar la caja y una de las canicas. Al levantar la tapa, una luz escapó de su interior y todas las canicas regresaron al lugar al que pertenecían por voluntad propia. Ellos fueron testigos de lo ocurrido y supe, de inmediato, que me robarían tan preciado botín. Así que emprendí una veloz carrera, pero no tardaron en atraparme.

- Entrérganos la caja y evitarás males mayores – dijo el cabecilla.

Yo estaba dispuesto a pelear, a pesar de que era una batalla perdida. Y justo en el momento en que ya no había posible escapatoria, me alegré como nunca de oír su voz:

- Vaya unos mierdas. Tres contra uno. ¡Largaos ya de aquí! – gritó mi abuela.

Fue maravilloso verlos huir.

El miedo dio paso a la risa. Aquel fue el primer día que vi reír, a carcajada limpia, a mi Superabuela.

CUANDO LA REALIDAD SUPERA A LA FICCIÓN

Me desperté a media noche sobresaltado. Había tenido una terrible pesadilla tan real que, aún con los ojos abiertos, no tenía la certeza de si había sido tan solo un sueño. Cogí la botella de agua que cada noche colocaba sobre mi mesilla y dí un largo trago, cuando me pareció escuchar un ruido bajo mi cama. Al principio pensé que era una alucinación y me quedé muy quieto para poder percibirlo mejor. No había la menor duda: había algo allí abajo.

Muy despacio, me cubrí totalmente con la sábana. Estaba tan asustado que quería gritar, llamar a mi madre, pero no podía emitir sonido alguno.

Fuera llovía. Escuché un trueno y sentí cómo el monstruo saltaba sobre mi cama, avanzando hacía mí lentamente. No debía ser muy grande, pues no pesaba mucho. De pronto se paró en la almohada, junto a mi cabeza. Yo no podía más, me iba a explotar el corazón. No sé de dónde saque el valor para, aprovechando un relámpago, levantar la sábana que dificultaba la visión para descubrir a...

- ¡Aristóteles! ¿Tú sabes el susto que me has dado? – le dije.

Me miró con sus indiferentes ojos verdes.

A la mañana siguiente telefoneé a mi abuela para decirla que se llevara a su puñetero gato.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

¡Cómo odiaba aquellos días! Cada año, por Navidad, tía Berta y mi primo Jacobo venían a visitarnos. Jacobo era un niño enclenque, mimado y con unas enormes gafas que, según mi tía, le hacían parecer un intelectual y a mí, un auténtico gilipollas.

Siempre tenía que presumir de los regalos que le traerían los Reyes:

- Este año, Bruno, me traerán la Play 3. ¿Jugarás conmigo?

A lo que yo respondí:

- Ni lo sueñes, Jacobito. Tengo cosas más importantes que hacer.

Ese día llovía a cántaros. Mamá y tía Berta decidieron que yo me quedaría al cuidado del niño. A pesar de mis innumerables protestas, se salieron con la suya, dejándome con un mosqueo del quince.

- Mira, Jacobito. Tú juega con una de tus puñeteras maquinitas y déjame un poquito en paz.

- Deberías jugar conmigo, primo. En caso contrario, me chivaré. Le diré a tu madre que tienes un paquete de tabaco escondido en tu cuarto.

Tenía que darle un escarmiento, así que decidí cambiar de actitud.

- ¿Te han contado alguna vez los secretos que esconde la abuela en su desván? Supongo que un valiente como tú no tendrá miedo....

- ¡Claro que no tengo miedo!

- ¿Has oído hablar de la prima Adelita?

- Sí, aquella que se cayó al mar hace muchos años, siendo una niña.

- No se cayó, Jacobo. Alguien la empujó y se hundió en el mar. Nunca capturaron al culpable y, desde entonces, ella vaga por el desván.

- Y tú ¿cómo lo sabes? – me preguntó aterrado.

- Porque la he visto en varias ocasiones que he dormido allí. La encanta jugar con las videoconsolas, así que, yo que tú escondería la DS...

Poco después aparecieron nuestras madres y Jacobo intentó convencer a la suya para quedarse a dormir en mi casa, pero ella no accedió.

A la mañana siguiente, oí llegar a la abuela. Se quejaba a mi madre de la mala noche que habían pasado. Me acerqué a la cocina para escuchar la conversación.

- Ayer, tu hijo, estuvo contándole historias de miedo a su primo.

Yo no podía creerlo: la abuela se estaba riendo.

- Le ha contado al pequeño, que la prima Adela deambula por el desván sin descanso, y que la fascina jugar a las consolas. Ahora Jacobo dice que no quiere dormir solo en la habitación, y ha guardado sus juguetes en mi cuarto. Ja, ja, lo mismito que hacía mi hijo con Berta. Recuerdo que ella se negaba a acostarse en su cama, porque tu marido la habló de un pirata que, cada noche, escribía largas cartas en el escritorio de su hermana. Te podrás imaginar el rebote que se ha pillado mi hija, cuando el niño le contaba el relato de Adelita y yo he comenzado a reírme. No he podido evitarlo.

Tenemos que hablar con Bruno y regañarle por asustar así a su primo. Y regalarle un cuaderno para que escriba esas aterradoras y divertidas narraciones. Al igual que, en su día, hizo su difunto padre.

VIERNES 24 DE JUNIO: PREPARATIVOS DE LA FIESTA

Aquella tarde, la abuela estaba especialmente nerviosa. Varias personas habían acudido a ayudarla y estaban decorando su jardín. Ella se movía de mesa en mesa poniéndole pegatas a todo, interrumpiendo cada dos por tres. De repente reparó en mi presencia:

- ¿Y tú qué miras? O ayudas o te vas a dar una vuelta.

Debía ser una fiesta muy importante y no estaba dispuesto a soportar su mal humor, así que opté por dar un garbeo. Comencé a caminar en dirección a la ermita y, pasados unos minutos, un Mercedes con los cristales tintados se detuvo a mi lado. El copiloto bajó su ventanilla:

- Hola, chaval. Nos dirigimos a San Martín. ¿Vamos bien por aquí?

Tenía una expresión seria, parecía un matón salido de una película de gánsters. Escuché la voz del pasajero:

- Déjame a mí, Jaime. Sé cómo tratar a estos paletillos. Y bajó su ventana:

- Buenas tardes. Buscamos la casa de Cornelia Sotomayor, y estamos un poco perdidos. ¿Puedes ayudarnos?

Llevaba un parche en el ojo izquierdo. El azul de su único ojo me recordaba a alguien...

No me gustó nada que me llamara paletillo y, por supuesto, no les iba a indicar la dirección de la casa de mi abuela a unos desconocidos, así que sonreí amablemente y les indiqué un camino que les tendría muy entretenidos durante un buen rato. Puede que, así, aprendieran buenos modales.

JUAN SOTOMAYOR

El sábado 25 de Junio la abuela estaba igual de taciturna que la noche anterior. Hablaba con mamá y, al acercarme a ellas, me indicó que la bajase una caja a la bodega, con la clara intención de tenerme entretenido un rato.

La sala estaba siempre cerrada y olía a humedad. Me aproximé a la chimenea para ver un cuadro que había llamado mi atención. El nombre del personaje retratado aparecía en la esquina inferior derecha: era mi bisabuelo paterno. Observé su rostro con detenimiento y, al fijarme en sus ojos, descubrí que eran de un azul tan intenso y frío como el del sujeto del Mercedes.

Subí las escaleras y me escondí tras unas hortensias. En ese mismo momento, mamá le preguntaba a la abuela:

- Y ¿no has recibido ninguna llamada suya?

- Sí, llamó sobre las once de la noche para decirme que se había perdido. Claro, lleva más de veinte años sin aparecer por aquí. En el fondo me alegro de que no viniera. Mi hermano y yo siempre hemos mantenido una pésima relación. Me pareció de lo más extraño que, después de tantos años sin hablar con él, me llamase para decirme que tenía que hablar conmigo en persona. Me temo lo peor.

Me estaba planteando si contarle a la abuela lo que había ocurrido la tarde anterior cuando el vehículo cruzó la puerta de entrada. Los tres pasajeros abrieron sus respectivas puertas.

- Cornelia, querida. Parece que el tiempo no pasa por ti. ¿Será cosa de brujería?

- No, querido hermano. Tu cansada vista te impide ver con claridad. Veinte años siempre dejan huella. ¿A qué has venido?

- Vaya, veo que sigues teniendo el mismo carácter afable de siempre. Sólo vengo a por lo que me pertenece.

Y en ese preciso instante descubrió mi escondite. Ambos sostuvimos la mirada. Comenzó a avanzar hacia mí. El ámbar de mi bolsillo vibraba. Él también llevaba algo escondido que emitía un débil resplandor.

- ¿Dónde crees que vas? Deja a mi nieto y vete de mi casa.

Él me miró y me dirigió una cruel sonrisa que me heló la sangre.

- Nos veremos pronto, muchacho.

Acababa de conocer a Juan Sotomayor, mi peor enemigo y protagonista de mis peores pesadillas.

QUÉ ME ESTOY PERDIENDO

Algunos días, mientras mamá dormía, yo aprovechaba para ver los álbumes de fotos. Una vez, revolviendo en sus cajones, encontré uno que nunca había visto: en la portada, en letras doradas, estaba grabado el nombre de mi padre. En las primeras páginas aparecían imágenes de papá cuando era pequeño. Había un gran parecido entre nosotros.

Yo estaba nervioso e intranquilo. Si mamá me descubría hurgando entre sus cosas, me la iba a cargar. Me lo había advertido muchas veces.

En las páginas centrales papá aparecía vestido de buceador, afición que le costó la vida.

Seguían instantáneas de mis padres cuando eran novios. En una de ellas aparecían junto a mi abuela y Juan Sotomayor, ambos serios y visiblemente incómodos.

A continuación fotos de su boda, del viaje de novios y algunas en las que yo posaba junto a mi hermano.

Estaba a punto de llegar al final cuando descubrí un recorte de periódico: la noticia relataba la muerte de mi padre, que había ido esa misma mañana a practicar buceo, el descubrimiento de su cadáver y la entrevista realizada a mi abuela, en la que mantenía la firme convicción de que mi padre no se había ahogado y en la que exigía una exhaustiva investigación de los hechos.

De repente, noté unos ojos clavados en mí y me di lentamente la vuelta.

- ¿Se puede saber qué buscas? Tienes la fea costumbre de no respetar la intimidad de los demás.

- Y vosotras la de ocultarme cosas, abuela. ¿Qué le paso a mi padre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- Aún eres demasiado joven, Bruno. Ya lo sabrás a su debido tiempo.

Y se dio media vuelta, sin ni siquiera molestarse en despedirse.

UNA DECISIÓN MADURA

Cuando hoy recuerdo mi lejana y triste infancia, la imagen que más se repite es la de mi desgraciada madre. La vida había sido muy dura con ella y llevaba años intentando salir de una depresión cuyo tratamiento sólo conseguía hacerla dormir y refugiarse en su peculiar mundo.

Pero en esos días en los que estaba más lúcida, se sentaba en mi cama, me rodeaba con sus brazos y me contaba historias de mi padre.

¡Cuánto me costaba hacerla sonreír! La veía tan joven y guapa y yo no podía ayudarla, por eso siempre me sentía tan impotente.

Odiaba a Pablo por haberse marchado, a mi abuela, por ser siempre tan arisca y por empeñarse en tratarme como a un niño ignorando mis preguntas.

A principios de mayo recibí una carta sin remite con matasellos de Méjico. Abrí el sobre y descubrí la inconfundible letra de mi hermano.

Querido Bruno:

Desde que me marché de casa, no pasa ni un solo día en el que no os haya echado de menos a ti y, por supuesto, a mamá. Sé que ambos estáis bien, y eso es lo que importa.

No puedo explicarte el motivo de mi desaparición, pues os pondría a ambos en peligro. Si la abuela llega a enterarse de que te he escrito, me montará una bronca monumental, ja, ja. No la juzgues mal, hermanito. Es la mujer más fuerte que he conocido y, desde que papá murió, no ha hecho más que protegernos, sobre todo a ti.

Ya no eres un niño, Bruno. Pero hay secretos que, cuanto más tarde descubras, mejor. Debes confiar en mí.

Destruye esta carta en cuanto la leas. Y, por favor, cuida de mamá.

Te quiere:

Pablo.

Leí la carta hasta memorizarla, la rompí esparciendo sus fragmentos en el fuego de la chimenea.

Puede que aún fuese demasiado joven para saber ciertas cosas, pero esas palabras se quedarían grabadas en mi mente: desaparición, peligro, protección....

Y no me cabía la menor duda de que todas ellas estaban relacionadas con la muerte de papá.

Pero ¿por qué estaba yo en peligro?